

# EL CASO DE LUIS



(Extraído de María Jesús Álava Reyes:  
*La verdad de la mentira. La Esfera de los Libros, Madrid, 2016*)

*Luis era un hombre de bien. Estaba casado, tenía dos hijos y era una persona muy querida por su entorno: amigos, compañeros, familia...*

*En el aspecto profesional, tenía un buen puesto en su empresa, donde le valoraban mucho, incluso le habían propuesto para un proyecto muy interesante fuera de España, con mucha proyección, pero había renunciado a él, pues implicaba trasladarse a vivir a otro país, y su mujer se había negado en redondo, y él sabía que eso significaba dejar de ver a sus hijos.*

*Aparentemente, [...] su vida iba bien, pero estaba pasando una auténtica tortura. Llevaba tres años intentando separarse. Desde el primer momento quiso llegar a un acuerdo con su mujer; estaba dispuesto a ceder al máximo en el tema económico, pues para él sus hijos eran lo más importante de su vida, y quería que la separación se produjese en el mejor ambiente posible. Pretendía conseguir una custodia compartida, pero estos tres últimos años habían sido un suplicio, y nada parecía indicar en el horizonte que el final estuviese próximo.*

*Solo su mejor amigo conocía las auténticas circunstancias de su vida, las vicisitudes y penalidades que Luis aguantaba cada día.*

*A pesar de que su amigo le había insistido en que cortase ya, que no lo intentase más, que lo pusiera en manos de un abogado, pues su mujer nunca iba a ceder por las buenas, ya que todo en ella era odio y deseos de venganza, Luis no pidió ayuda hasta que comprobó que su mujer, la madre de sus hijos, era capaz de todo, incluso de provocar el sufrimiento de los niños, con tal de conseguir sus propósitos. Ella tenía una meta en su cabeza: debilitarle y hundirle, para que desistiera de su intención de separarse.*

Como Raquel, su mujer, veía que Luis cada vez estaba más firme en su objetivo y, al parecer, un abogado al que había consultado le había dicho que él tenía muchas probabilidades de conseguir la custodia compartida, ella decidió ir en tromba, «a por todas», sin ningún tipo de límite, y un domingo por la tarde, sin previo aviso, reunió a los niños en el salón, con el anuncio de que tenía que comunicarles algo muy grave. Ante el estupor de Luis, y sin pestañear, Raquel les dijo que su padre era un canalla, que se había engolfado con una sinvergüenza y que quería abandonarles y dejarles en la ruina, que en realidad su padre nunca les había querido, que tenían que saber algo muy doloroso. En este punto, ante la perplejidad de Luis, les dijo que su padre nunca había que-

rido tener hijos, que habían nacido porque ella se empeñó y, una vez que llegaron, él siempre se había dedicado a disimular, a hacer como si los hijos le importasen, pero que la verdad es que a ella le hacía la vida imposible y como era un canalla, un asqueroso egoísta, ahora había decidido que se marchaba con una golfa.

Parece que Luis estuvo en estado de shock varios días. [...]

Fue precisamente al advertir la desolación de sus hijos, al contemplar sus caras llenas de estupor y dolor, y de una angustia infinita, cuando sintió su impotencia. Era consciente de que sus hijos le necesitaban más que nunca, pero estaba tan impactado que no sabía por dónde empezar, ni cuál era la mejor forma de ayudarles. Por este motivo, decidió venir a consulta.

A pesar de que habían pasado varios días de ese suceso tan amargo, Luis no conseguía relatar aún lo acontecido sin llorar amargamente y venirse abajo. Los hechos habían terminado con una auténtica «puesta en escena» por parte de la madre, quien, en un tono trágico, siempre delante de los niños, le dijo que se fuera de casa esa misma tarde, que si en realidad lo iba a hacer a escondidas al día siguiente, que no esperase más, que no hiciera sufrir a sus hijos marchándose al trabajo y no volviendo ya nunca, que no desapareciera como un canalla, que fuera valiente y se fuese en ese momento. Como Luis se resistía, y los niños estaban llorando presos de la angustia que estaban viviendo, Raquel decidió «apretar» aún más y empezó a meterse con los padres de Luis, los abuelos, diciendo que ellos le protegían y que también eran unos falsos, que nunca les habían querido. En ese momento, los niños estallaron, presos de la angustia que sentían, se taparon los ojos, en medio de un llanto desgarrador, y Raquel, en voz baja, le dijo a Luis que, o se marchaba en ese instante, o no pararía de contarles a sus hijos lo canalla que era él y toda su familia. Finalmente, Luis salió de casa esa tarde a empujones, con los niños intentando interponerse entre él y la madre. [...]

Pero aún le quedaban por vivir momentos angustiosos, como su vuelta a casa al día siguiente. Según nos contó, su dolor y su sorpresa fueron infinitas cuando su hijo y su hija le miraron asustados y se tiraron a sus brazos diciéndole: «¡Papá!, ¿por qué nos dejaste ayer, por qué no viniste, por qué te fuiste a ver a los abuelos, por qué estabas enfadado con nosotros, por qué no nos llamaste por teléfono?; ¿de verdad ya no nos quieres?»... [...] La madre, lejos de tranquilizarles, les había insistido en que tenían que saber la verdad, que ellos no le importaban a su padre, que nunca les había querido, que se habría ido con su amante y, ante los intentos de los niños por llamar por teléfono a su padre, les comentó que él había sido tajante y le había asegurado que no quería hablar con ellos, que por eso no les llamaba esa noche.

Los hechos se habían sucedido de forma vertiginosa. Luis se sentía entre la espada y la pared. El abogado que le había buscado su amigo le dijo que si quería pelear por la custodia de los niños no debía abandonar la casa, a pesar de que entendía que era un infierno vivir así. La semana próxima intentarían presentar ya la demanda de separación, pero el juicio aún podría tardar varios meses y, en casos como este, el hecho de haberse marchado de casa podría ser una baza en su contra. Una situación ¡penosa!, realmente trágica, pero, además, Luis por nada del mundo quería dejar solos a sus niños.

Con estos antecedentes, y con un padre totalmente destrozado, intentamos analizar cómo estaban los hechos en los principales frentes. Hablé con su abogado para preguntarle cómo veía él la situación, y así poder preparar a Luis para lo que tuviera que enfrentarse en los próximos meses, pero lo más urgente era **salvar a los niños**, conseguir que, a pesar de todo lo que estaban viviendo, pudieran recuperarse y sintieran el apoyo y el cariño incondicional de su padre.

[...] Decidimos que lo mejor era ayudarles a través de Luis y del colegio. Para ello, necesitábamos tener todos los datos posibles de lo que estaba pasando en la vida de los niños, cómo lo estaban afrontando, cómo lo manifestaban en los diferentes medios: casa, colegio, con la familia..., y Luis fue una gran ayuda. Apuntaba literalmente las principales conductas de los niños, las «actuaciones» de la madre, su propio comportamiento, cómo reaccionaban los hijos ante las conductas de los padres... En paralelo, nos pusimos en contacto con el colegio, para ver cómo esta-

ban acusando los niños la situación tan trágica que estaban viviendo. La colaboración del colegio fue total. [...] A la mínima señal de alarma nos avisaban, para que pudiéramos actuar y contrarrestar los miedos que sentían los niños.

Evaluamos con mucho rigor cómo estaban viviendo los niños este drama. Luis hizo todos los registros (anotaciones) que le pedimos y que nos permitían, desde fuera, saber qué estaban sintiendo los niños. [...] Afortunadamente, aunque, como en este caso, no sea posible ver a los niños, es mucho lo que se puede hacer, y Luis pronto comprobó que podía ayudar enormemente a sus hijos; que estos confiaban en él, [...] que se tranquilizaban al sentir la seguridad y el equilibrio emocional que en todo momento mostraba su padre; que Luis no caía nunca en la provocación de la madre y trataba de contrarrestar los efectos en los niños con enormes dosis de paciencia, haciendo gala de un control emocional fantástico, [...] que protegía en lo más profundo de sus sentimientos y emociones a los niños.

Los registros nos mostraron cómo intentaba su mujer provocarle todos los días para que perdiese el control [...]. Su mujer le increpaba: «¿Cómo puedes estar así? ¿Es que no tienes...?»?

Algo muy difícil de conseguir, pero que Luis logró, es la utilización del sentido del humor con los niños, como medio de desdramatizar las alteraciones que contemplan en el adulto. [...]

### ***Los niños agradecen extraordinariamente el uso del humor en las situaciones difíciles.***

Por otra parte, en cuanto las circunstancias lo permitían, Luis intentaba que sus hijos estuvieran con otros niños y pudieran volcarse de nuevo en sus juegos y vivencias infantiles.

Con relación a su familia, nuestro protagonista no tuvo más remedio que contarles lo sucedido aquel fatídico domingo por la tarde, cuando Raquel decidió utilizar a los niños para que desistiera de su voluntad de separarse. Los padres no salían de su asombro ante el relato de Luis, y, aunque desde hacía mucho tiempo veían que Raquel era una persona muy inestable emocionalmente y muy agresiva, nunca pensaron que podía llegar al extremo de machacar a sus hijos, en su intento de vengarse de su marido. Lo que más costó fue convencerles de que su papel debía centrarse en dar cariño y afectividad a sus nietos, y no embarcarse en desacreditar y hacer frente a las mentiras de su nuera. Incluso, decidimos que viniesen un día a consulta, para que pudiéramos tranquilizarles, para responder a todas sus dudas, y entrenarles en el cometido que debían tener con sus nietos. [...]

Pero cuando constatamos que los niños habían dado un gran paso de gigante, fue cuando les dijeron, también a los abuelos, que «mamá se equivoca, ella no conoce bien a papá, nosotros sabemos que papá es bueno y nos quiere mucho».

No obstante, no todo fue bien: Luis tuvo que esperar mucho tiempo, demasiado, para conseguir, legalmente, que sus hijos no sufrieran las mentiras, las tensiones y las presiones de su madre. A pesar de todo, durante ese tiempo, que se hizo eterno, sí logró mitigar, en gran medida, los efectos tan devastadores que estas conductas podrían haber originado en la vida de sus hijos.

Cuando analizamos cómo «actuaba» Raquel cada vez que mentía ostensiblemente, vimos que el signo externo más visible respecto a las señales vocales era la elevación del tono de voz, y en las señales verbales, el incremento de frases negativas. Este análisis permitió que Luis pudiera anticiparse, en cuanto veía estos signos, a las mentiras de Raquel, actuando de forma muy eficaz para desactivar el impacto que pudieran tener en los niños.

Pero no nos engañemos; no todo el mundo consigue el entrenamiento y la habilidad que alcanzó Luis para proteger de forma tan eficaz a sus hijos. Como él mismo decía, «después de esto, cualquier cosa que me suceda en la vida me parecerá una tontería». [...]

Luis supo no perder el control de su vida, no se dejó arrastrar por los graves acontecimientos que se sucedieron, no cayó en la provocación continua de que era objeto, no malgastó ni un

ápice de su energía en la queja y el lamento, pues comprendió que no podía adoptar el papel de víctima y transmitir más sufrimiento a sus hijos. Su misión era muy importante: tenía que proteger a sus hijos, y para ello necesitaba infundirles seguridad y esperanza, y eso era algo que solo él podía hacer.

Nuestro protagonista entendió que...

***... tenemos que adelantarnos al mentiroso; tenemos que entrenarnos para saber cuándo va a mentir y cómo va a hacerlo, para desactivarlo, y la mejor desactivación es no caer en la provocación.***

***Si nosotros llevamos el control, seremos los dueños de la situación.***